

# La Lectura Popular



## AÑO NUEVO VIDA VIEJA

Ya pasó otro año,  
Ya entró el año nuevo,  
Ya el noventa y cuatro  
Se fué al cementerio,  
Y el noventa y cinco  
Se viene corriendo,  
Saltando y brincando  
Como un rapazuelo.

Como es tan chiquito  
Da gozo de verlo;  
Mas dentro de poco  
Crece el chicuelo  
Primero milímetros,  
Luego algunos dedos,  
Luego muchas varas,  
Y al fin hecho un viejo  
Perderá los dientes  
Las fuerzas y el pelo.

¡Cuidado, señores,  
Cómo pasa el tiempo!

Hace un año justo  
Escribí unos versos  
A los Santos Reyes  
Por el mes de Enero;  
Pues ya están los Magos  
Sobre los camellos  
Otra vez montados,  
Y yo discurrendo  
Con la pluma enristra  
Nuevos cumplimientos.

¿Qué diré este año  
á esos caballeros?

No sé que contarles  
Que no les de miedo.  
¡Es todo tan malo!  
¡Es todo tan pésimo!

¿Les diré que España  
Tiene un nuevo templo,  
Y obispo y obispa  
Y obis..pillos tiernos  
De la última cria  
De Martin Lutero?

Pues se me encabritan  
Hasta los camellos,  
Y con la joroba  
Me rompen un hueso.

¿Les diré que ha poco  
Se ha dado un decreto  
Sobre la enseñanza  
Poniendo maestros



Para que á los jóvenes  
Enseñen el griego,  
Aleman franchute,  
Gimnasia, Derecho  
Romances, historias  
Y mil embelecios  
Pero no doctrina  
Cristiana? De cierto  
Levantán la mano,  
Me tiran los cetros  
Y vuelven la grupa  
Llamándome necio.

¡Ay Santos benditos!  
Pues no hay mas remedio  
Que, así, con franqueza  
Y sin miramientos,  
Deciros que España  
Se vá á los infiernos.

Pues aunque el *Oriente*  
Llamado Mateo  
Diga arrepentido  
*Riéndose en serio*  
Que dejó el triángulo  
Por ganar el cielo,  
Tres higas y media,  
Que yo no lo creo.

Hablaré á los Santos  
De los otros pueblos,  
De Italia, de Francia  
De China ó Marruecos.  
Pero ¿qué les digo  
Que no sepa á cuerno?  
Si todos son lios  
Si no hay más qué enredos,  
Y robos y crímenes  
Y luchas sin cuento

En que los mortales  
Lo mismo que perros  
Se arrancan á tiras  
Trozos de pellejo.

Nada, no hay tu tia;  
Esto huele á muerto  
Como la receta  
No baje del cielo.

Mas ¡callad! que llegan  
Los Santos corriendo;  
Y como son Magos  
Quizas un unguento  
Traigan misterioso  
Que cure al enfermo.

¡Silencio! Han llegado  
¡Van á hablar! ¡¡Silencio!!

—Salud, hijos míos;  
Salud, pequeñuelos,  
Salud, españoles

¿Que tal va ese pecho?  
—Por fuera... abrigado;  
Llevamos chaleco.

—Hijos, la pregunta  
Se refiere á dentro.

¿Que tal el espíritu?  
¿Que tal el progreso,  
Y los adelantos

Que habreis todos hecho  
Desde el año último?

¿Sois ya más perfectos?

¿Que tal va la patria?  
Sabeis que os queremos,  
Y todos los años

Venimos á veros.

Hablad. ¿Os callais?  
—Señor, no podemos

Hacer otra cosa.  
—¿Por qué? —Porque hemos  
Perdido hasta el habla,  
Y solo un remedio

Tan solo nos queda;  
Y es, si algun unguento  
Trae's en las alforjas.

—Si que lo traemos.

—Pues venga una arroba.

—Antes oid un cuento.

Allá por la Alcarria  
Presentóse á un médico  
Cierta enfermo que era  
Bastante mastuerzo.

«Señor! ¡por san Jorjel,  
Dijo el alcarreño,  
Deme alguna cosa

Para un mal muy perro  
Que tengo en las tripas»

«Pues venga un tintero  
Contestóle el físico;

Y en breve momento  
Hizo la receta

Y la dió al enfermo.

«Tomé usted, le dijo,  
Apíquese esto

En el bajo vientre

Y se pondrá bueno.»

¿Que hace el de la Alcarria?

Da gracias al médico,  
Toma la receta,

Y con un pañuelo  
Se la ata al ombligo,  
Y se va tan fresco.

Decid, ¿os parece  
Que le haría provecho?

Pues bien, hijos míos;  
El Santo Evangelio

Es una receta  
Que bajó del cielo;

Pero que no obra  
Si sus mandamientos

Os los aplicais  
Como el alcarreño.

Preciso es ser prácticos,  
Y con vuestros hechos

Dar pruebas sinceras  
De arrepentimiento.

Preciso, hijos míos,  
Es ser mas resueltos;

Que obras son amores,  
Y hay que dar ejemplo.

Los malos son pocos,  
Son muchos los buenos;

¿Por qué aquellos triunfan?

Porque hay un ejército  
De malos cristianos

Del término medio,  
Que da la victoria

Con su pasteleo.

No esperéis que España  
Tenga buen gobierno

Antes que vosotros  
Logreis merécerlo;

No lo esperéis mientras  
Sigais encendiendo

Una vela á Cristo

Y otra al de los cuernos.

¿Quereis ver cuán pronto

Cambia todo esto?

Poned vuestro cirio

Sobre el candelero.

Dad á Dios la cara;

No le huyais el cuerpo;

No hagais lo que Judas;

No le andeis con besos,

Y luego vendiéndole

Unos por empleos,

Otros por un gusto,

Otros por respetos.

La verdad es una;

Dios no es ningun necio.

¿Creeis engañarle,

Póbres majaderos?

¡Oh mar sin orillas

De tártaro emético!

¡Oh tibio pancismo,

Pecado de puerco

Que con tal que coma  
**Todo le dá un bledol**

No en vano dás náuseas  
Aun al mismo cielo  
Pues mientras tú existas  
Nada tiene arreglo.

Sabedlo, hijos míos  
Cristianos, sabedlo;

Si á Dios entregárais  
Todo vuestro pecho

Sin esas partijas  
Y esos regateos,

No veriais caerse  
Al rededor vuestro

Vuestros intereses  
Mas caros y tiernos.

No veriais la hacienda  
De vuestros hijuelos

Como la devoran  
Lobos carniceros,

No veriais alzarse  
Cátedras de cieno,

Templos protestantes,  
Sectas de blasfemos,

Que el mundo convierten  
En boca de infierno

Lógica, más lógica  
Pide el año nuevo;

Lógica de aquella  
De vuestros abuelos

Que por Cristo daban  
No la cara... el cuello.

¿No os gusta, cristianos?  
Pues, hijos, sabedlo;

No esperéis que os cure  
Ningun curandero.

En cuanto los Magos

Bajaron los cetros

Y volvieron grupas

Se oyó un gran estrépito.

Era que reian

Asnos y camellos,

Y en raro language

Ibáanse diciendo:

«¡Si estos liberales

Son parientes nuestros!»

ADOLFO CLAVARANA.

## LA CONVERSION DE CHIRIPA

Llovía á cántaros, y un viento furioso que Chiripa no sabia que se llamaba el Austro, barria el mundo implacable; despojaba de transeuntes las calles como una carga de caballeria; y torciendo los chorros que caian de las nubes, los convertia en látigos que le azotaban ..... Chiripa, a quien habia sorprendido la tormenta en el Gran Parque, tendido en un banco de madera, se habia refugiado primero bajo la copa de un castaño de Indias, y en efecto, se habia mojado ya las dos veces de que habia el refrán; después habia subido á la plataforma del kiosko de la música, pero bien pronto le arrojó de allí á latigazo limpio el agua perñida que se aga.

chaba para azotarle y parecía besarle con lascivia la carne pálida que asomaba aquí y allí entre los remiendos del traje, que se caía á pedazos. El sombrero, duro y viejo, de forma de queso, de un color que hacia dudar si los sombreros podrían tener bilis, semejava la fuente de la Alcachofa, rodeado de surtidores; y en cuanto á los piés, calzados con alpargatas al, levantarse del suelo tenían apariencias de raíces de árbol, semovientes.

Tenia Chiripa cuarenta años y tan poco habia adelantado en su carrera de mozo de cordel, que la tenia casi abandonada, sin ningún género de derechos pasivos. Por eso andaba tan mal de fondos, y por eso aquella misma y trágica mañana le habian echado del infame zaquizami en que dormia, .....

«Bueno, peor para ellos» — se habia dicho Chiripa sin saber lo que decia, y tendiéndose en el banco del paseo público, donde creyó hacer los huesos duros, hasta que vino á desengañarle la furia del cielo.

Así como los economistas dicen que la ley del trabajo es la satisfacción de las necesidades con el mínimo esfuerzo, Chiripa, vagamente, pensaba que lo del mínimo esfuerzo era lo principal, y que á él habian de amoldarse también las necesidades, siendo mínimas. Era muy distraido y bastante borracho; dormia mucho, y como tenia el estómago estropeado le dejaba vivir de ilusiones, de flatos y malos sabores, comida ruid y fria y mucho liquido tinto y blanco, si era aguardiente. Vestia de lo que dejaban otros miserables por inservible, y con el orgullo de esta parsimonia en los gastos se creia con derecho á no echar mano á un baul sino de Pascuas á Ramos y cuando una peseta era absolutamente necesaria.

Un día, viendo pasar una manifestación de obreros á cuyo frente marchaba un estandarte que decia: «Ocho horas de trabajo!» Chiripa, estremeciéndose; pensó:

«¡Recontra! ocho horas de trabajo, y para eso tiran bombas! Con ocho horas tengo yo para toda la temporada de verano,

En llevando dos reales en el bolsillo, Chiripa no podia con una maleta, ni á pensar tenerse derecho.

Pero tenia un valor pasivo, para el hambre y para el fric, que llegaba á heroico.

Generalmente andaba taciturno, triston, y creia, con cierta vanidad, en su mala estrella.

Su apodo, Chiripa (el apellido no lo recordaba;) lo tenia desde la remota infancia, sin que el supiera por qué, como no saben los perros por qué los llaman Nelson, ó Canela, porque el era el hombre menos, *chiripero* del mundo. Ello era que hacia unos treinta años (todo de hambre y de frío) eran tres notabilidades callejeras, especie de mosqueteros del hampa, Pipá, Chiripa y Pijeta. La historia trágica de Pipá ya sabia Chiripa que habia salido en papeles pero la suya no saldria, porque él habia sobrevivido á su gloria. Sus gracias de pillete infantil ya nadie las recordaba; su fama, que era casi disculpa para sus picardias, habia muerto, se habia

desvanecido, como si los vecinos del pueblo, envejeciendo, se hubieran vuelto malhumorados y no estuvieran para bromas. Ya él mismo se guardaba de disculpar sus malas obras y su holgazaneria como gatadas de pilló célebre, como *cosas* de Chirripa.

«Bah; el mundo era malo; y si te ví no me acuerdo.» Veía pasar, ya llenos de canas, á los señoritos que antaño reian sus travesuras y le pagaban sus vicios precoces; pero no se acercaba á pedirles ni un perro chico, porque no querrian ni reconocerle.

Que estaba solo en la tierra, bien lo sabia él. Á veces se le antojaba que un periódico, ó un libro viejo y sobado que oía deletrear á un obrero, hubiera sido para él un buen amigo, pero no sabia leer. No sabia nada. Se arrimaba á la esquina de la plaza donde otros perdían el tiempo fingiendo esperar trabajo, y oía, silencioso, conversaciones más ó menos incoherentes acerca de política ó de la cuestión social. Nunca daba su opinión, pero la tenia. La principal era considerar un gran desatino el pedir ocho horas de trabajo. Prefería, á oír disparates, que le leyeran los papeles. Entonces atendía más. Aquello solía estar mejor hilvanado. Pero ni siquiera los de las letras de molde daban en el quid. Todos se quejaban de que se ganaba poco; todos decían que el jornal no bastaba para las necesidades... Habia exageración: ¡si fueran como él, que vivía casi de nada!

«Todo se volvia pedir instrumentos de trabajo, tierra, máquinas, capital... para trabajar: ¡Recontra con la manía!» Otra cosa les faltaba á los pobres, que nadie echaba de menos: consideracion, respeto, lo que Chiripa, con una palabra que habia inventado él para sus meditaciones de filósofo de cordel, llamaba *alternancia*. ¿Que era la *alternancia*? Pues nada; lo que habia predicado Jesucristo segun habia oido algunas veces; aquel Cristo á quien el solo conocia, no para servirle, sino para llenarle de injurias, sin mala intencion por supuesto, sin pensar en El, por hablar como hablan los demás y blasfemar como todos. La *alternancia* era no excluir de todos los sitios amenos y calientes y agradables al hombre cubierto de andrajos, solo por los andrajos. Ya que, por lo visto, iba para largo lo de que todos fuéramos iguales tocante al *cunquibus* ó sean los cuartos, la moneda, y pudiera cada quisque vestir con decencia y con ropa estrenada en su cuerpo; ya que no habia bastante dinero para que á todos les tocara algo... ¿por qué no se establecía la igualdad y la fraternidad en todo lo demás, en lo que podia hacerse sin gastos, como era el llamarse ricos y pobres de tu, y convidarse á una copa, y enseñar cada cual lo que supiera á los pobres, y saludarlos con el sombrero, y dejarles sentarse junto al fuego, y pisar alfombras y ser diputados y obispos, y en fin, darse la gran vida sin ofender, y hasta lavándose la cara á veces, si los otros tenian ciertos escrúpulos? Eso era la *alternancia*; eso habia creido él que era el cristianismo y la democra-

cia y eso debía ser el socialismo... como ello mismo lo decia: socialismo... cosa de sociedad, de trato, de juntarse... *alternancia*.

Salió del kisco de la música á escape, hecho una sopa, echando chispas, y se metió en la poblacion en busca de mejor albergue. Pero todo estaba cerrado. A lo menos cerrado para él. Paso junto á un café; no osó entrar. Aquello era público, pero á Chiripa le echarian los mozos en cuanto advirtiesen que iba tan sucio, tan harapiento que daba lástima, y que no iba á hacer el menor gasto. A un mozo de cordel en activo le dejarian entrar, pero á él, que estaba reducido á la categoría de pordiosero..... honorario, por que no pedia limosna aunque el *uniforme* era de eso, á él le echarian poco menos que á palos. Lo sabia por experiencia... Paso junto al gobierno de la provincia donde estaba la *prevencion*. Aquí me admitirian si estuviera borracho; pero en mi sano juicio y sin alguna fechoria, de ningun modo. No sabia Chiripa qué era todo lo demás que habia en aquel caseron tan grande; para él todo era *prevencion*, casas para *prender* ó echar multas ó tallar á los chicos y llevarlos á la guerra. Paso junto á una universidad, en cuyo claustro se paseaban, mientras duraba la tormenta, algunos magistrados que no tenian que hacer en la Audiencia. No se le ocurrió entrar allí. El no sabia leer siquiera, y allí dentro todos eran sabios. Tambien le echarian los porteros. Paso junto á la Audiencia... pero no era hora de oír á los testigos falsos, única mision decorosa que Chiripa podria llevar allí, pues la de *acusado* no lo era.

Pasó junto á la Biblioteca. Tambien era pública, pero no para los pobres de solemnidad, como él lo parecia. El instinto le decia que de aquel salon tan caliente, gracias á dos chimeneas que se veian desde la calle, le echarian tambien. Temerian que fuese á robar libros.

Pasó por el Banco, por el cuartel, por el teatro... todo lo mismo; para el cerrado. En todas partes habia hombres con gorra de galones, para eso, para no dejar entrar á los Chiripas.

En las tiendas podia entrar... á condicion de salir inmediatamente, en cuanto se averiguaba que no tenia que comprar cosa alguna, y eso que todas le faltaban. En las tabernas, algo por el estilo. ¡Ni en las tabernas habia para él *alternancia*!

Y, á todo esto, el cielo desplomándose en chubascos, y él temblando de frio..., calado hasta los huesos... Solo Chiripa corria por las calles, como perseguido por el agua y por el viento.

Llegó junto á una Iglesia. Estaba abierta. Entró, anduvo hasta el altar mayor sin que nadie le dijera nada. Un sacristan cruzó á su lado la nave y le miro sin extrañar su presencia, sin recelo, como á uno de tantos fieles. Allí cerca, junto al pulpito de la epistola

vió Chiripa otro pordiosero, de rodillas, abismado en una oración; era un viejo de barba blanca que suspiraba y tosía mucho. El templo resonaba con los chasquidos de la tos: cosa triste, molesta, que debía de importunar á los demás devotos, pero nadie protestaba ni paraba mientes en aquello.

Comparada con la calle la iglesia estaba templada. Chiripa empezó á sentirse menos mal. Entró en una capilla y se sentó en un banco. Oía bien. «Era incienso, ó cera, ó todo junto y más, oía á recuerdos de chico.» El chisporroteo de las velas tenía algo de hogar; los santos quietos, tranquilos, que le miraban con dulzura, le eran simpáticos. Un obispo con un sombrero de pastor en la mano, parecía saludarle diciendo:—Bien venido, Chiripa!—El, en justo pago, intentó santiguarse, pero no supo.

No sabía nada. Cuando la oscuridad de la capilla se fué aclarando á sus ojos, ya acostumbrados á la penumbra, distinguió el grupo de mujeres que en un rincón arrodilladas formaban coro junto á un confesonario. De vez en cuando un bulto negro se separa del grupo y se acercaba al armatoste, del cual se apartaba otro bulto semejante.

«Ahí dentro habrá un *carca*», pensó Chiripa, sin ánimo de ofender al clero, creyendo sinceramente que *carca* valía tanto como sacerdote.

Le iba gustando aquello. «Pero ¡qué paciencia necesitaba aquel señor, para aguantar tanto tiempo dentro del armario! ¿Cuánto cobraría por aquello? Por de pronto nada. Las beatas se iban sin pagar.»

«Y nada. A él no le echaban de allí.» Cuando la capilla fué quedando más despejada, pues las beatas que despachaban, á poco salían. Chiripa notó que las que aun quedaban se fijaban en su presencia. «Si estaré faltando?» pensó, y por si acaso, se puso de rodillas. El ruido que hizo sobre la tarima llamó la atención del confesor, que asomó la cabeza por la portezuela que tenía delante y miró con atención á Chiripa.

«¿Iria á echarle?» Nada de eso. En cuanto el cura despachó á la penitente que tenía á otro lado del ventanillo con celosías, se asomó otra vez á la portezuela y con la mano hizo seña á Chiripa.

—¿Es á mí?—pensó el exmozo de cordel. A él era. Se puso colorado, cosa extraordinaria.

—¡Tiene gracia!—se dijo, pero con gran satisfacción, esponjándose.—Le llamaban á él creyendo que iba á confesarse, y le hacían pasar delante de las señoritas aquellas que estaban formando cola. ¡Cuánto honor para Chiripa! En la vida le habían tratado así.

El cura insistió en su gesto, creyendo que Chiripa no lo notaba.

¿Por qué no?—se dijo el perdis.—Por probar de todo. Aquí no es como en el Ayuntamiento, donde yo quería que me dieran voto, *pa* ver lo que era eso del sufragio, y resultó que aunque era para todos, para mí no era, no sé, por qué tiquis-miquis del padrón ó su madre,

Y se levantó, y se fué á arrodillar en el sitio que dejaba libre la penitente.

—Por ahí, no; por aquí—dijo el sacerdote haciendo arrodillarse á Chiripa delante de sus rodillas.

El miserable sintió una cosa extraña en el pecho y calor en las mejillas, entre vergüenza y desconocida ternura.

—Hijo mío, rece Vd. el acto de contrición.—No lo sé—contestó Chiripa humildemente, comprendiendo que allí había que decir la verdad... verdadera, no como en la Audiencia, Además, aquello del *hijo mío* le había llegado al alma y había que tomar la cosa en serio.

El cura le fué ayudando á recitar el *Señor mío Jesucristo*.

—¿Cuánto tiempo hace que no se ha confesado?

—Pues... *toa* la vida.

—¿Cómo!

—Que nunca.

Era un monte virgen de impiedad inconsciente. No tenía más que el bautismo; á la confirmación no había llegado. Nadie se había cuidado de su salvación, y él solo había atendido, y mal, á no morir de hambre.

El cura, varón prudente y piadoso, le fué guiando y enseñando lo que podía en tan breve término; Chiripa no resultaba un gran pecador más que desde el punto de vista de los pecados de omisión; fuera de eso, lo peor que tenía eran unas cuantas borracheras empalmadas, y la pícara blasfemia, tan brutal como falta de intención impía. Pero ¡jamás había confesado sus culpas, penitencia no le había faltado. Había ayunado bastante, y el frío y el agua y la dureza del santo suelo habían mortificado sus carnes no poco. En esta parte era recluta disponible para la vida del yermo; tenía cuerpo de anacoreta.

Poco á poco el corazón de Chiripa fué tomando parte en aquella conversión que el clérigo tan en serio y con toda buena fé procuraba. El corazón se convertía mucho mejor que la cabeza, que era muy dura y no entendía.

El clérigo le hacía repetir protestas de fe, de adhesión á la Iglesia, y Chiripa lo hacía todo de buen grado. Pero quiso el cura algo más, que él espontáneamente expresara á su modo lo que sentía, su amor y fidelidad á la religión en cuyo seno se le albergaba. Entonces Chiripa, des pués de pensarlo, exclamó como inspirado:

—¡Viva Carlos Sétimo!

—¡No, hombre; no es eso!... No tanto—dijo el confesor sonriendo.

—Como á los carcas les llaman clerófobos...

—¡Tampoco, hombre!...

—Bueno, á los curas...

En fin, aplazando las cuestiones de pura forma y lenguaje, se convino en que Chiripa seguiría las lecciones del nuevo amigo en aquel templo que había estado abierto para él cuando se le cerraban todas las puertas, allí donde se había librado de los latigazos del aire y el agua.

—¿Con que te has hecho monago, Chiripa?—le decían otros hambrientos burlándose de la seriedad con que días y días seguía tomando su conversión el pobre diablo.

Y Chiripa contestaba:

—Sí, no me avergüenzo; me he *pasao* á la Iglesia, porque alk á lo menos... hay *alternancia*.

*Clarín,*

Con algunos ligeros cortes exigidos por la *tiranía* del espacio, nos hemos permitido publicar el anterior cuento de *Clarín*, escritor de ruido cuyos toques de ataque á la Iglesia conoce todo el mundo.

Es para nosotros muy grato que, los llamados anti clericales dejen escapar la pluma de cuando en cuando y confiesen que la *alternancia* como dice Chiripa, esto es, que la verdadera democracia solo se encuentra en la Iglesia de Jesucristo; que solo en ella halla el pueblo luz, calor, consuelo, y fraternidad verdadera; que solo en ella el pequeño se codea con el grande y el grande se honra haciendo bien al pequeño; que solo en ella reina esa igualdad práctica que permite al pordiosero, no solo pisar alfombras, si no elevarse á tanta altura que el poderoso, tenga que doblar la rodilla á sus pies.

Pero si esto es así; ¡oh Clarines de todos los tiempos; porque combatís á la Iglesia? ¿Sí amais al pueblo; porque quereis alejarle de ella?

## CUENTOS, ARTÍCULOS Y DIALOGOS

originales de

### D. ADOLFO CLAVARANA

Acaba de salir á luz el tomo 4.º preciosamente ilustrado por D. ANTONIO UTRILLO.

Precio una peseta.—Los pedidos á la administración de LA LECTURA POPULAR acompañados de su importe y del certificado si se desea.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.